

En los siguientes capítulos se demostrará cumplidamente que ni el Cristianismo, ni la Iglesia Católica, que es su expresión absoluta, han podido obrar tan grandes cosas, tan altos prodigios y tan maravillosas mudanzas, sin una acción sobrenatural y constante por parte de Dios, el cual gobierna sobrenaturalmente á la sociedad con su providencia y al hombre con su gracia.

CAPÍTULO IV.

EL CATOLICISMO ES AMOR.

ENTRE la Iglesia Católica y las otras sociedades derramadas por el mundo hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas.

Para el mundo pagano la sociedad y la ciudad eran una cosa misma. Para el romano la sociedad era Roma; para el ateniense, Atenas. Fuera de Atenas y de Roma no había más que gentes bárbaras é incultas, por su naturaleza agrestes é insociables. El Cristianismo reveló al hombre la sociedad humana; y como si esto no fuera bastante, le reveló otra sociedad mucho más grande y excelente, á quien no puso en su inmensidad ni términos ni remates. De ella son ciudadanos los santos que triunfan en el cielo, los justos que padecen en el purgatorio, y los cristianos que combaten en la tierra.

Léanse atentamente una por una todas las páginas de la historia; y después de haberlas leído, y después de haberlas meditado todas, se verá con asombro que esa concepción gigantesca viene sola, y que viene sin aviso, sin antecedente ninguno; que viene como una revelación sobrenatural, comunicada al hombre sobrenaturalmente. El mundo la recibió de un golpe, y no la vio venir; como quiera que cuando la vio, ya era venida. La vio con una sola iluminación y con una simple mirada. ¿Quién sino Dios, que es amor, podía haber enseñado á los que combaten aquí, que están en comunión con los que padecen en el purgatorio, y con los que triunfan en el cielo? ¿Quién, sino Dios, pudo unir con amorosa lazada á los muertos y á los vivientes, á los justos, á los santos y á los pecadores? ¿Quién, sino Dios, pudo poner puentes en esos inmensos océanos?

La ley de la unidad y de la variedad, esa ley por excelencia, que es á un mismo tiempo humana y divina, sin la cual nada se explica, y con la cual se explica todo, se nos muestra aquí en una de sus más portentosas manifestaciones. La variedad está en el cielo, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y Dios es uno. La variedad está en el paraíso, porque Adán y Eva son dos personas diferentes; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque Adán y Eva son la naturaleza humana, y la naturaleza humana es una. La variedad está en nuestro Señor Jesucristo, porque en él concurren por una parte la naturaleza divina, y por otra la naturaleza corpórea y la espiritual, en la naturaleza humana; y la naturaleza corpórea, y la espiritual y la divina van á perderse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, que es una sola persona. La variedad por último está en la Iglesia, que combate en la tierra, y padece en el purgatorio, y triunfa en el cielo; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, cabeza única de la Iglesia universal, el cual, considerado como Hijo único del Padre, es, como el Padre, el símbolo

de la variedad de las personas, en la unidad de la esencia; así como en calidad de Dios hombre, es el símbolo de la variedad de las esencias, en la unidad de la persona; siendo considerado á un tiempo mismo, como Dios hombre y como hijo de Dios, el símbolo perfecto de todas las variedades posibles y de la unidad infinita.

Y como quiera que la suprema armonía consiste en que la unidad, de donde toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se muestre siempre idéntica á sí misma en todas sus manifestaciones, de aquí es que una misma es siempre la ley en virtud de la cual se hace uno todo lo que es vario. La variedad de la Trinidad divina es una por el amor; la variedad humana, compuesta del Padre, de la Madre y del Hijo, se hace una por el amor. La variedad de la naturaleza humana y de la divina se hacen una en nuestro Señor Jesucristo por la encarnación del Verbo en las entrañas de la Virgen, misterio de amor; la variedad de la Iglesia que combate, de la que padece y de la que triunfa, se hace una en nuestro Señor Jesucristo por las oraciones de los cristianos que triunfan, las cuales bajan convertidas en benéfico rocío sobre los cristianos que combaten, y por las oraciones de los cristianos que padecen, las cuales bajan como una lluvia fecundísima sobre los cristianos que padecen; y la oración perfecta es el éxtasis del amor. «Dios es caridad; el que está en caridad, está en Dios y Dios en él.» Si Dios es caridad, la caridad es la infinita unidad, porque Dios es la unidad infinita; si el que está en caridad está en Dios y Dios en él, Dios puede bajar hasta el hombre por la caridad, y el hombre puede remontarse por la caridad hasta Dios: y todo esto, sin confundirse; de tal manera, que ni Dios hecho hombre pierde su naturaleza divina, ni el hombre hecho Dios pierde su naturaleza humana, siendo el hombre siempre hombre, aunque sea Dios; y Dios siempre Dios, aunque sea hombre: y todo esto por medios exclusivamente sobrenaturales, es decir, por medios exclusivamente divinos.

Las gentes tuvieron noticia de este dogma supremo, como

la tuvieron mas ó menos cabal, mas ó menos cumplida, de todos los dogmas católicos. En todas las zonas, en todos los tiempos, y entre todas las razas humanas, se ha conservado una fé inmortal en una trasformacion futura, tan radical y soberana, que juntaria en uno para siempre al Creador y su criatura, á la naturaleza humana y á la divina. Ya en la era paradisiaca, el enemigo del género humano habló á nuestros primeros padres de ser dioses. Despues de la prevaricacion y la caída, los hombres llevaron esta tradicion prodigiosa hasta los últimos remates del mundo: no hay erudito que no la encuentre en el fondo de todas las teologías, por poco que ahonde en ellas. La diferencia entre el dogma purísimo conservado en la teología católica, y el dogma alterado por las tradiciones humanas, está en la manera de llegar á esa trasformacion suprema, y de alcanzar ese fin soberano. El ángel de las tinieblas no engañó á nuestros primeros padres cuando afirmó que llegarían á ser á manera de dioses; el engaño estuvo en ocultarles el camino sobrenatural del amor, y en abrirles el camino natural de la desobediencia. El error de las teologías paganas no está en afirmar que la divinidad y la humanidad se juntarán en uno; está en que los paganos vinieron á considerar como cuasi de todo punto idénticas la naturaleza divina y la naturaleza humana, mientras que el Catolicismo, considerándolas como esencialmente distintas, va á la unidad por la deificacion sobrenatural del hombre. Aquella supersticion pagana está patente en los honores deíficos tributados á la tierra en calidad de madre inmortal y fecunda de sus dioses, y á varias de las criaturas que confundieron con los dioses mismos. Por último, la diferencia entre el panteismo y el Catolicismo, no está en que el uno afirme y el otro niegue la deificacion del hombre; está en que el panteismo sostiene que el hombre es Dios por su naturaleza, mientras que el Cristianismo afirma que puede llegar á serlo sobrenaturalmente por la gracia: está en que el panteismo enseña que el hombre, parte del conjunto que es Dios, es absorbido completamente por el conjunto de que forma parte; mientras que el Catolicismo enseña que el hombre, aun despues de deificado, es

decir, despues de penetrado por la sustancia divina, conserva todavía la individualidad inviolable de su propia sustancia. El respeto de Dios hácia la individualidad humana, ó lo que es lo mismo, hácia la libertad del hombre, que es la que constituye su individualidad absoluta é inviolable, es tal, segun el dogma católico, que ha dividido con ella el imperio de todas las sociedades, gobernadas á un mismo tiempo por la libertad del hombre y por el consejo divino.

El amor es fecundísimo de suyo: porque es fecundísimo, engendra todas las cosas varias, sin romper su propia unidad; y porque es amor, resuelve en su unidad, sin confundirlas, todas las cosas varias. El amor es, pues, infinita variedad y unidad infinita. Él es la única ley, el precepto sumo, el solo camino, el último fin. El Catolicismo es amor, porque Dios es amor: solo el que ama es católico, y solo el católico aprende á amar, porque solo el católico recibe lo que sabe de fuentes sobrenaturales y divinas.